

se habia apresurado á enviar un propio que entregase al primer ayuda de cámara del conde una carta, á una hora sobrado avanzada de la noche, para que M. de Sérisy pudiera tener conocimiento de ella; pero Agustin la depositó sobre la mesa escritorio, segun su costumbre en semejantes casos. En esta carta Moreau rogaba al conde que no se incomodara, fiado en su celo. Ahora bien, segun él, Margueron no queria vender por junto, y hablaba de dividir los Moulineaux en noventa y seis lotes; era preciso hacerle abandonar esta idea, y quizás, decia el administrador, llegar á comprarla á nombre de otro.

Todo el mundo tiene sus enemigos. Ahora bien, el administrador y su mujer habian lastimado en Presles á un oficial retirado, llamado M. de Reybert, y á la mujer de éste. De las palabras á los alfilerazos, se habia llegado hasta las puñaladas. M. de Reybert no respiraba más que venganza, queria hacer perder el empleo á M. Moreau y sucederle en él. Estas dos ideas son hermanas gemelas. Así es que, la conducta del administrador, espiada durante dos años, no tenia secretos para los Reybert. Al tiempo en que Moreau expedía su propio al conde de Sérisy, Reybert enviaba su mujer á Paris. Mme. de Reybert solicitaba con tanta insistencia hablar al conde, que habiendo sido despedida á las nueve de la noche, momento en que el conde se acostaba, fué introducida en presencia de su señoría el dia siguiente á las siete de la mañana.— «Monseñor, habia dicho al ministro de Estado, mi marido y yo somos incapaces de escribir anónimos. Soy Mme. de Reybert, hija de Corroy. Mi marido no tiene más que seiscientos francos de retiro y vivimos

en Presles, en donde vuestro administrador nos infiere afrenta sobre afrenta, por más que seamos personas de calidad. M. de Reybert, que no es un intriguante, no da importancia á esto! Se ha retirado de capitán de artilleria en 1816, despues de haber servido por espacio de veinticinco años, siempre lejos del Emperador, señor conde! Y vos debeis saber cuán difícilmente medraban los militares que no se hallaban en presencia del soberano; sin contar que la probidad, la franqueza de M. de Reybert, disgustaban á sus jefes. Durante tres años, mi marido no ha cesado de estudiar á vuestro administrador, con el propósito de hacerle perder su empleo. Somos francos, ya lo veis. Moreau nos ha hecho sus enemigos, le hemos vigilado. Vengo, pues, á deciros que se burlan de vos en el asunto de los Moulineaux. Quieren robaros cien mil francos que serán repartidos entre el notario, Léger y Moreau. Habeis ordenado convidar á Margueron; contaís con ir á Presles mañana; pero Margueron se fingirá enfermo, y Léger cuenta de tal modo con la finca, que ha venido á realizar sus valores á Paris. Si os hemos descubierto la verdad, si quereis un administrador honrado, tomareis á mi marido; aunque noble, os servirá como ha servido al Estado. Vuestro intendente posee doscientos cincuenta mil francos de fortuna, no será digno de compasion.» El conde habia dado friamente las gracias á Mme. de Reybert, y entonces la habia cumplimentado cortesmente, porque despreciaba la delacion; pero al recordar todas las sospechas de Derville, se sintió interiormente desazonado; pues habia divisado de repente la carta de su administrador; la habia leído, y, en las

seguridades de fidelidad, en los respetuosos reproches que recibía acerca de la desconfianza que suponía este empeño en tratar el asunto de por sí y ante sí, había adivinado la verdad acerca de Moreau.—Lo de siempre, la corrupcion ha venido con la fortuna! se dijo. Entonces el conde había dirigido á Mme. de Reybert algunas preguntas, no tanto para obtener detalles, como para conseguir el tiempo de observarla, y había escrito á su notario para decirle, que no enviara su primer pasante á Presles, sinó que él en persona fuese á comer allí.—«Si el señor conde, había concluido Mme. de Reybert, me ha juzgado desfavorablemente por el paso que acabo de dar, sin saberlo mi marido, debe estar ahora en la conviccion de que hemos obtenido estos informes sobre su administrador de la manera más natural: la conciencia más timorata no hallaría en ello nada que censurar.» Mme. de Reybert, hija de Corroy, permanecía tiesa como un huso. Había ofrecido á las investigaciones rápidas del conde un rostro picado de viruelas, como una espumadera, un talle escuálido y enjuto, dos ojos claros y ardientes, unos rizos rubios aplastados sobre una frente pensativa, una capota de tafetan verde descolorido, forrada de rosa, un vestido blanco sembrado de violetas, unos zapatos de becerro. El conde había reconocido en ella á la mujer del capitán pobre, aunque puritana, suscritora al *Courrier français*, rebosando virtud, pero sensible á la holgura de un empleo, y habiéndolo codiciado.—«¿Decís que seiscientos francos de retiro? había contestado el conde, contestándose á sí mismo, en vez de contestar á lo que madame de Reybert acababa de referir.—Sí, señor conde.

—¿Sois hija de Corroy?—Sí, señor, una familia noble del país de Messin, el país de mi marido.—¿En qué regimiento servía M. de Reybert?—En el 7.º de artillería.—Está bien! había respondido el conde, escribiendo el número del regimiento. Había pensado poder dar la administracion de su tierra á un antiguo oficial, acerca del cual tomaría informes en el ministerio de la guerra.—Señora, había proseguido, llamando á su ayuda de cámara, regresad á Presles con mi notario, quien hallará medio de trasladarse á comer allí, y al cual os he recomendado; hé ahí su direccion. Yo mismo voy en secreto á Presles, y mandaré decir á M. de Reybert que venga á hablarme...» De ahí que la noticia del viaje de M. de Sérisy en el carruaje público, y el encargo de callar el nombre del conde, no alarmaban sin motivo al ordinario; presentía el peligro cerniéndose sobre uno de sus mejores parroquianos.

Al salir del café de l'Echiquier, Pierrotin divisó á la puerta del Leon de Plata á la mujer y el joven en quienes su perspicacia le había hecho reconocer á unos parroquianos; porque la señora, con el cuello estirado, el semblante inquieto, evidentemente le buscaba. Esta señora, vistiendo un traje de seda negra reteñida, un sombrero color *carmelita*, y un viejo cachemir francés, calzada con medias de filadiz y zapatos de piel de cabra, tenía en la mano un esportillo de paja y un paraguas azul *de rey*. Esta mujer, en otro tiempo hermosa, representaba unos cuarenta años de edad; pero sus ojos azules, desprovistos del brillo que da la felicidad, anunciaban que desde mucho tiempo había renunciado al mundo. Así su traje,

como su talante, indicaban una madre del todo consagrada á la casa y á su hijo. Si las cintas del sombrero estaban arrugadas, la hechura contaba mas de tres años. Sujetaba el chal una aguja rota, convertida en alfiler por medio de una bola de lacre. La desconocida aguardaba con impaciencia á Pierrotin para recomendarle á su hijo, el cual sin duda viajaba solo por primera vez, y al cual ella habia acompañado hasta el carruaje, tanto por desconfianza como por amor maternal. Esta madre era en algun modo el complemento de su hijo; de la misma manera que el hijo, sin la madre no hubiera sido del todo comprendido. Si la madre se veia condenada á llevar guantes usados, el hijo llevaba un gaban color de aceituna, cuyas mangas un poco cortas de los puños, anunciaban que creceria aún, como los adultos de diez y ocho á diez y nueve años. El pantalon azul, remendado por la madre, ofrecia á las miradas un fondo nuevo, mientras que el gaban tenia la crueldad de entreabrirse por detrás.

—No atormentes así tus guantes, que los arrugas, —decia ella, cuando Pierrotin apareció... Sois el conductor..... Ah! pero sois vos, Pierrotin? prosiguió abandonando á su hijo por un momento y llevando al cochero á dos pasos de allí.

—¿Estais buena, Mme. Clapart? —respondió el mensajero, cuyo semblante tomó una expresion de respeto y familiaridad á la vez.

—Sí, Pierrotin. Cuidad mucho de mi Oscar, viaja solo por vez primera.

—Oh! si va solo á casa de M. Moreau?... exclamó

el cochero con objeto de averiguar si el jóven iba allí efectivamente.

—Sí,—respondió la madre.

—¿Conque Mme. Moreau le quiere mucho? —prosiguió Pierrotin, con aire un poco astuto.

—Ay de mí! —dijo la madre, no todo serán flores para él, pobre hijo mio; mas su porvenir exige imperiosamente este viaje.

Esta contestacion chocó á Pierrotin, quien vacilaba en confiar á Mme. Clapart sus temores acerca del administrador, de la misma manera que ella no se atrevia á incomodar á su hijo, haciendo á Pierrotin algunas recomendaciones que hubieran transformado al cochero en mentor. Durante esta mutua deliberacion, que se tradujo en algunas frases acerca del tiempo, acerca del camino, acerca de las paradas durante el viaje, no será inútil explicar que relaciones unian Mme. Pierrotin á Mme. Clapart, y autorizaban las dos frases confidenciales que acababan de cambiar. Con frecuencia, es decir, tres ó cuatro veces al mes, Pierrotin á su paso para Paris, encontraba en la Cueva al administrador, quien al ver venir el carruaje, hacia señas á un jardinero. El jardinero entonces ayudaba á Pierrotin á cargar una ó dos canastas llenas de fruta ó de legumbres, segun la estacion, de pollos, huevos, manteca, caza. El administrador pagaba siempre el porte á Pierrotin, dándole el dinero necesario para satisfacer los derechos de puertas, si el envío contenia artículos sujetos á arbitrios municipales. Estas canastas, estas cestas, estos paquetes, no llevaban nunca sobrescrito. La primera vez, que habia servido para todas, el administrador habia indicado de viva

29682

UNIVERSIDAD NUEVO LEON  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES  
CALPONSO DE YER  
2025 MONTERREY.

voz al discreto cochero el domicilio de Mme. Clapart, rogándole que jamás confiara á otros este mensaje. Pierrotin, soñando con una intriga entre alguna hechicera jóven y el administrador, se habia dirigido á la calle de la Cerisaie, 7, en el cuartel del Arsenal, en donde habia visto á la Mme. Clapart que acaba de seros presentada, en vez de la jóven y hermosa criatura que allí esperaba hallar. Los ordinarios, por su condicion, están llamados á penetrar en muchas interioridades y en muchos secretos; pero la casualidad social, esta segunda providencia, habiéndoles querido sin educacion y desprovistos de talento observador, resulta de ahí que no son peligrosos. Despues de algunos meses, no obstante, Pierrotin no sabia como explicarse las relaciones de Mme. Clapart y M. Moreau por lo que le fué permitido entrever en la casa de la calle de la Cerisaie. Aunque en aquella época los alquileres no eran caños en el cuartel del Arsenal, Mme. Clapart habitaba un tercer piso, en el fondo de un patio, en una casa que debió ser en otro tiempo el hotel de algun gran señor, cuando la alta nobleza del reino habitaba en el antiguo solar del palacio de las Tournelles y del hotel Saint-Paul. A fines del siglo XVI, las grandes familias se repartian aquellos vastos espacios, ántes ocupados por los jardines del palacio de nuestros reyes, como así lo indican los nombres de las calles de la Cerisaie, Beautreillis, de los Leones, etc. Esta habitacion cuyas piezas se hallaban todas cubiertas de antiguas ensambladuras, se componia de tres gabinetes afilerados, un comedor, un salon y un dormitorio. Encima habia una cocina y el cuarto de Oscar. Frente á la puerta de entrada,

en lo que en Paris se llama el *carré*, veíase la puerta de un gabinete de paso, practicada en cada piso en una especie de bastimento que contenia tambien la caja de una escalera de madera, y que formaba una torre cuadrada, construida de gruesas piedras. Este aposento era el de Moreau cuando dormia en Paris. Pierrotin habia visto en la primera pieza, en donde depositaba las canastas, seis sillas de nogal guarnecidas de paja, una mesa y un *buffet*; cortinillas encarnadas en las ventanas. Más tarde, cuando entró en el salon, observó en él muebles viejos del tiempo del Imperio, pero deteriorados. Por lo demás, no se veia en este salon más que el moviliario exigido por el casero para responder del alquiler. Pierrotin se formó una idea del dormitorio por el salon y el comedor. Las ensambladuras, groseramente pintadas con cola y de un encarnado claro que embadurna las molduras, los dibujos, las figurillas, lejos de ser un adorno, entristecian la mirada. El pavimento de madera, que no se limpiaba nunca, tenia un color gris, como los pavimentos de los colegios. Cuando el cochero sorprendió á M. y Mme. Clapart comiendo, sus platos, sus vasos, todo, revelaba una espantosa miseria; á pesar de ello, usaban cubiertos de plata; pero las fuentes, la sopera, descantilladas, remendadas ni más ni menos que la vajilla del último indigente, inspiraban lástima. M. Clapart, vestido con una corta y mala levita, calzado con unas innobles zapatillas, siempre con gafas verdes en los ojos, le mostraba, al quitarse una horrible gorra de cinco años de edad, un cráneo puntiagudo desde lo alto del cual caian unas hebras delgadas y sucias á las cuales un poeta hubie-

ra negado el nombre de cabellos. Este hombre, de cutis cárdeno, parecía tímido y debía ser despótico. En esta triste habitación, situada al norte, sin más vistas que la de una parra enroscada en la pared de enfrente, de un pozo en un rincón del patio, madame Clapart se daba aires de reina y andaba como una mujer no acostumbrada á hacer uso de los pies. Muchas veces, al dar las gracias á Pierrotin, le dirigía miradas que hubieran conmovido á un observador; de vez en cuando, ella deslizaba en la mano de aquel algunas monedas de doce sueldos. Su voz era encantadora. Pierrotin no conocía á Oscar, porque este niño acababa de salir del colegio y nunca le había encontrado en casa. Tal es la triste historia que Pierrotin jamás hubiera adivinado, ni aún pidiendo, como desde algún tiempo lo verificaba, informes á la portera; porque esta mujer nada sabía, sino que los Clapart pagaban doscientos cincuenta francos de alquiler, que no tenían más servicio que el de una mujer durante algunas horas de la mañana, que á veces la señora misma jabonaba la ropa, y pagaba todos los días al cartero, no hallándose al parecer en disposición de satisfacer el porte de muchas cartas á la vez.

No existe, ó mas bien, existe raras veces un criminal completamente criminal. Con mayor razón se hallará, con más dificultad aún, verdadera falta de honradez. Pueden echarse cuentas con desventaja del amo, ó quedarse en el astillero con la mayor parte posible de astillas; pero al tiempo de constituirse un capital por medios más ó ménos licitos, existen pocos hombres incapaces de permitirse alguna buena ac-

cion. Aunque no sea más que por curiosidad, por amor propio, como contraste, por casualidad, todo hombre ha tenido su momento de beneficencia; le llama su error, no lo repite, pero sacrifica en aras del bien, como el más adusto sacrifica en aras de las gracias, una ó dos veces en su vida. Si las faltas de Moreau pueden hallar disculpa, no la hallarán en su perseverancia en socorrer á una pobre mujer, de cuyos favores se habia enorgullecido en otro tiempo, y en cuya casa se ocultó durante sus peligros! Esta mujer, célebre en tiempo del Directorio, por sus relaciones con uno de los cinco reyes del momento, á causa de esta poderosa proteccion, contrajo matrimonio con un proveedor que ganó millones, y al cual Napoleon aruinó en 1802. Este hombre, llamado Husson, se volvió loco, á causa de su brusca transición de la opulencia á la miseria, se arrojó en el Sena, dejando en cinta á la bella Mme. Husson. Entonces Moreau, muy intimamente unido á Mme. Husson, estaba condenado á muerte; no pudo, pues, entregar su mano á la viuda del proveedor, antes se vió obligado á abandonar la Francia por algún tiempo. A los veintidos años de edad, Mme. Husson, en su miseria, casó con un empleado llamado Clapart, jóven de veintisiete años que, como suele decirse, ofrecía algunas esperanzas. Guarde Dios á las mujeres de los hombres guapos que ofrecen esperanzas! En aquella época, los empleados se hacían en breve personas de consideracion, porque Napoleon buscaba las capacidades. Pero Clapart, dotado de una hermosura vulgar, no poseía ninguna inteligencia. Creyendo muy rica á Mme. Husson, habia fingido hácia ella una pasión volcánica; fué una car-

ga para ella, no satisfaciendo, ni en el presente, ni en el porvenir, las necesidades que ella habia contraído durante sus dias de opulencia. Clapart desempeñaba bastante mal en las oficinas de Hacienda un destino que no producía más de mil ochocientos francos de honorarios. Cuando Moreau, de regreso en casa del conde de Sérisy, supo la situación horrible en que Mme. Husson se hallaba, pudo, antes de casarse, colocarla de primera camarera al lado de *Madame*, madre del Emperador. A pesar de esta influyente protección, Clapart nunca pudo adelantar, su nulidad se descubría demasiado. Arruinada en 1815 por la caída del Emperador, la brillante Aspasia del Directorio quedó sin más recursos que un destino de mil doscientos francos de sueldo que se obtuvo para Clapart, gracias á la influencia del conde de Sérisy, en las oficinas de París. Moreau, el único protector de esta mujer á quien habia conocido con muchos millones, obtuvo para Oscar Husson un medio dote pio de París en el colegio de Enrique IV, y por conducto de Pierrotin enviaba á la calle de la Cerisaie cuanto decorosamente puede ofrecerse para socorrer á una familia en la miseria. Oscar era todo el porvenir, toda la vida de su madre. No podia reprocharse á esta pobre madre otro defecto que su exagerada ternura hacia este niño, el jabalí del padrastro. Desgraciadamente Oscar se hallaba dotado de una dosis de necedad que su madre no sospechaba, á pesar de los epigramas de Clapart. Esta necedad, ó para hablar más correctamente, esta presunción, inquietaba de tal modo al administrador, que habia rogado á Mme. Clapart que le enviara al joven por un mes, con objeto de estu-

diarle y adivinar á que carrera debia destinársele. Moreau pensaba presentar un dia Oscar al conde, como su sucesor. Pero para dar con exactitud á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, quizás no sea inútil atribuir las causas del amor propio de Oscar á la circunstancia de haber nacido en la casa de *Madame*, madre del Emperador. Durante su primera infancia, le deslumbraron los resplandores imperiales. Su flexible imaginación debió conservar las huellas de aquellas embriagadoras escenas, guardar una imagen de aquellos tiempos de oro y fiestas, con la esperanza de volver á descubrirlos. La jactancia natural en los colegiales, poseidos todos ellos del deseo de brillar unos sobre otros, apoyada en aquellos recuerdos infantiles, se habia desarrollado en él más de lo que era menester. Acaso tambien la madre recordaba en casa, con sobrada complacencia, los dias en que fuera una de las reinas del París directorial. Finalmente, Oscar que acababa de terminar sus estudios, se habia visto obligado tal vez á rechazar en el colegio las humillaciones que los alumnos que pagan hacen sufrir de intento á los agraciados con un dote, cuando éstos no saben infundirles cierto respeto por medio de una fuerza física superior. Esta mezcla de antiguo esplendor extinguido, de hermosura marchita, de ternura resignada á la miseria, de esperanza en este hijo, de ceguedad maternal, de sufrimientos heroicamente soportados, hacia de esta madre una de esas sublimes figuras que, en París, solicitan las miradas del observador.

Incapaz de adivinar el profundo cariño de Moreau hacia esta mujer, ni el de esta mujer hacia su prote-

gido de 1797, habiendo llegado á ser su único amigo, Pierrotin no quiso comunicar la sospecha que le pasaba por las mientes acerca del peligro que corría Moreau. El terrible «Bastante tenemos que hacer con ocuparnos de nosotros mismos!» del ayuda de cámara, volvió de nuevo al corazón del cochero, así como el sentimiento de obediencia á los que él llamaba *cabos de fila*. Además, en aquel momento, Pierrotin se sentía en la cabeza tantos pinchazos como monedas de cien sueldos van contenidas en mil francos! Un viaje de siete leguas se dibujaba sin duda como un viaje muy largo en la imaginación de aquella pobre madre quien, en su vida elegante, raras veces había pasado las barreras; porque estas palabras:—Bien, señora!—sí, señora! repetidas por Pierrotin, decían lo bastante que el cochero deseaba sustraerse á las recomendaciones evidentemente demasiado inútiles y difusas.

—Colocad los paquetes de manera que no se mojen, si cambia el tiempo.

—Tengo una lona,—dijo Pierrotin. Luego, mirad, señora, veis con que cuidado los cargan?

—Oscar, no pases allí más de quince días, por mucho que te insten,—prosiguió Mme. Clapart, volviendo á su hijo. Por más que te esmeres en ello, no podrás agradar á Mme. Moreau; además, debes estar de vuelta á fines de setiembre. Ya sabes que debemos ir á Belleville á ver á tu tío Cardot.

—Sí, mamá.

—Sobre todo,—le dijo ella en voz baja,—nunca hables de los criados.... Acuérdate á todas horas de que Mme. Moreau ha sido camarera....

—Sí, mamá....

Oscar, como todos los jóvenes que pecan por exceso de amor propio, parecía contrariado de verse así advertido á la puerta del Leon de Plata.

—Conque, adios, mamá; vamos á partir, ya han enganchado.

La madre, no acordándose ya de que se hallaba en pleno arrabal Saint-Denis, besó á su Oscar, y le dijo, sacando un hermoso panecillo de su cesta:

—Toma, olvidabas tu panecillo y tu chocolate! Te lo repito, hijo mío, no tomes nada en las posadas, hacen pagar las cosas más insignificantes diez veces más de lo que valen.

Oscar hubiera querido ver á su madre muy lejos, cuando le metió en el bolsillo el pan y el chocolate. Esta escena tuvo dos testigos, dos jóvenes de algunos años más que el escapado del colegio, mejor vestidos que él, venidos sin su madre, y cuyo andar, atavío y maneras, revelaban esa completa independencia, objeto de todos los deseos de un niño aún bajo el yugo inmediato de su madre. Estos dos jóvenes fueron entonces para Oscar el mundo entero.

—Dice *mamá*,—exclamó, riendo, uno de los dos desconocidos.

Estas palabras llegaron al oído de Oscar y determinaron un:—Adios, madre mía! lanzado en un terrible movimiento de impaciencia.

Mme. Clapart, confesémoslo, hablaba un poco demasiado alto, y parecía confiar á los transeuntes su ternura.

—¿Qué es lo que tienes, Oscar?—preguntó esta pobre madre, algo picada. No te conozco, prosiguió con

severidad, creyéndose capaz, (error de todas las madres que miman á sus hijos), de imponerle respeto. Oye, Oscar mio, dijo recobrando al momento su voz tierna; tú tienes propension á charlar, á decir todo lo que sabes y lo que no sabes, y eso por bravata, por un necio amor propio de jóven; te lo repito, piensa en refrenar tu lengua. No tienes aún bastante edad, tesoro mio, para juzgar de las personas en cuya compañía vas á hallarte, y nada más peligroso que hablar en los carruajes públicos. Además, en diligencia, las personas de calidad guardan silencio.

Los dos jóvenes, que sin duda habían ido hasta el fondo del establecimiento, hicieron resonar de nuevo, bajo la puerta cochera, los tacones de sus botas; podían haber oído este sermón; así es que, para desembarazarse de su madre, Oscar echó mano de un remedio heróico, que prueba cuanto el amor propio estimula á la inteligencia.

—Mamá, dijo, estás aquí entre dos aires, podrias coger una fluxion; y además, voy á subir al carruaje.

El muchacho había tocado alguna cuerda sensible, porque su madre se apoderó de él, le abrazó como si se tratara de un viaje muy largo, y le condujo hasta el cabriolé, dejando ver los ojos arrasados de lágrimas.

—No se te olvide dar cinco francos á los criados, —dijo ella. Escribeme al menos tres veces durante estos quince días, pórtate bien y piensa en todas mis advertencias. Llevas bastante ropa blanca para no tener que darla á la colada. En fin, recuerda siempre las bondades de M. Moreau, óyele como á un padre y sigue al pie de la letra sus consejos.....

Al subir al cabriolé, Oscar dejó ver sus medias azules por un efecto de su pantalon que subió bruscamente, y el fondo negro de este por el juego del gaban que se abrió. Así la sonrisa de los dos jóvenes á quienes no escaparon estas señales de una honrosa medianía, fué para el amor propio del jóven una nueva herida.

—Oscar ha guardado el primer asiento, —dijo la madre á Pierrotin. Colócate en el fondo, prosiguió mirando siempre á Oscar con ternura y sonriéndole con amor.

Oh! cuánto sintió Oscar que las desgracias y las penas hubiesen alterado la hermosura de su madre, que la miseria y el cariño la impidiesen estar bien vestida! Uno de los dos jóvenes, el que llevaba botas y espuelas, empujó al otro con el codo para mostrarle la madre de Oscar, y el otro retorcó su bigote con un gesto que significaba:—Linda apariencia!

—¿Cómo desembarazarme de mi madre?—se dijo Oscar con aire pensativo.

—¿Qué es lo que te pasa?—le preguntó madame Clapart.

Oscar fingió no haber oído, el mónstruo! Quizás en esta circunstancia Mme. Clapart carecía de tacto. Pero los sentimientos absolutos son tan egoistas!

—¿Te gustan los niños viajando?—preguntó el jóven á su amigo.

—Sí, cuando estan destetados, cuando se llaman Oscar y cuando llevan chocolate.

Estas dos frases fueron cambiadas á media voz, para dejar á Oscar la libertad de oír ó de no oír; su continencia iba á indicar al viajero la medida de lo que podría tentar contra el niño para distraerse du-

rante el camino. Oscar no quiso haber oído. Miraba en torno, para saber si su madre, que le molestaba como una pesadilla, se encontraba aún allí, porque demasiado sabía cuanto le amaba para abandonarle tan pronto. No solo comparaba involuntariamente con el suyo el vestido de su compañero de viaje, sino que comprendía aún que el atavío de su madre contribuía no poco á la sonrisa burlona de los dos jóvenes.

—¿Si se marchasen? pensó.

Ay! uno de los dos jóvenes acababa de decir al otro, dando un ligero golpe de bastón á la rueda del cabriolé:

—¿Y tú, Jorge, vas á confiar tu porvenir á este frágil leño?

—¡Es necesario!— dijo Jorge con aire fatal.

Oscar lanzó un suspiro, observando la hechura caballeresca del sombrero echado sobre la oreja como para ostentar una magnífica cabellera rubia bien rizada; mientras que él llevaba, por orden de su padrastro, sus cabellos negros cortados sobre la frente á manera de cepillo y rapados como los de la tropa. El vanidoso niño mostraba un semblante redondo y carrillado, animado por los colores de una brillante salud; mientras que el semblante de su compañero de viaje era largo, fino y pálido. La frente de este joven era despejada, y su pecho se amoldaba á un chaleco de cachemir imitado. Al admirar un pantalón trabado color gris de hierro, un gabán con alamares ceñido al talle, parecíale á Oscar que aquel romanesco desconocido, dotado de tantas ventajas, abusaba con el de su superioridad, de la misma manera que

una mujer fea se siente humillada á la sola presencia de una mujer hermosa. El ruido del tacon de las botas de montar que el desconocido hacia resonar con exceso para el gusto de Oscar, penetraba hasta su corazón. En fin, Oscar se sentía tan molesto con su traje, confeccionado tal vez en su misma casa, teniendo por patron los viejos vestidos de su padrastro, como aquel envidiado muchacho se sentía cómodo con el suyo.

—Ese joven,— pensó Oscar, debe tener algunas decenas de francos en el bolsillo. El joven se volvió. ¡Qué no pensaría Oscar al apereibir una cadena de oro, pasada al rededor del cuello y al extremo de la cual se hallaba sin duda un reló del mismo metal! Este desconocido adquirió entonces á los ojos de Oscar las proporciones de un personaje. Criado en la calle de la Cerisaie desde 1815, sacado y conducido de nuevo al colegio por su padre en los días de asueto, Oscar no había tenido otros puntos de comparación, desde su pubertad, que el pobre ajuar de su madre. Vigilado severamente segun el consejo de Moreau, no iba al teatro con frecuencia, y no pasaba entonces más allá del teatro del *Ambigu-Comique*, en donde sus miradas no divisaban grande elegancia, si la atención que un niño presta al melodrama, le permitía alguna vez examinar la sala. Su padrastro llevaba aún, segun la moda del tiempo del Imperio, el reló en el bolsillo de sus pantalones, y dejaba colgar sobre su abdomen una gruesa cadena de oro, que terminaba en un paquete de dijes extravagantes, de sellos, una llave de cabeza redonda y aplastada, en la cual se veía un paisaje de mosaico. Oscar, que mi-

raba este viejo lujo como un *non plus ultra*, quedó aturdimado ante aquella revelacion de una elegancia superior y negligente. Aquel jóven mostraba con exceso unos guantes bien conservados, y parecia querer deslumbrar á Oscar agitando con gracia un elegante baston con puño de oro. Oscar llegaba á ese último cuarto de la adolescencia en que los detalles causan grandes alegrías y grandes miserias, en que se prefiere una desgracia á un atavío ridiculo, en que el amor propio, no uniéndose á los grandes intereses de la vida, se funda en frivolidades, en el traje, en el deseo de parecer hombre. Entonces crece uno, y la jactancia se hace más exorbitante, cuanto que se ejerce en fruslerías; pero si se envidia á un necio elegantemente vestido, tambien se entusiasma uno por el talento, tambien se admira al hombre de genio. Estos defectos, cuando no echan raíces en el corazon, acusan la exhuberancia de la savia vital, el lujo de la imaginacion. Que un niño de diez y nueve años, hijo único, retenido severamente en el hogar paterno á causa de la indigencia que atormenta á un empleado de mil doscientos francos, pero adorado, y por quien su madre se impone duras privaciones, permanezca maravillado ante un jóven de veinte y dos años, envídie su gaban con alamares, forrado de seda, su chaleco de cachemira imitada y la corbata sujeta con un anillo de mal gusto, ¿no son por ventura pecadillos cometidos en todas las clases sociales por el inferior que envidia á su superior?... El mismo hombre de genio obedece á esta primera pasion. ¿Rousseau de Ginevra no ha admirado á Ventura y Bacle? Mas Oscar pasó del pecadillo á la falta, se sintió humilla-

do, tomó á pechos á su compañero de viaje, y se despertó en su corazon un secreto deseo de probarle que valia tanto cómo él. Los dos gallardos mancebos seguian paseándose de la puerta á las cuadras, de las cuadras á la puerta, llegando hasta la calle; y cuando daban la vuelta, miraban siempre á Oscar, agazapado en su rincon. Oscar, persuadido de que las sonrisas burlonas de los dos jóvenes le concernian, afectó la más profunda indiferencia. Se puso á tararear el estribillo de una cancion puesta entonces en boga por los liberales, y que decia:

«La culpa es de Voltaire,  
la culpa es de Rousseau.»

Sin duda esta actitud le hizo pasar por un pequeño pasante de procurador.

—Toma, acaso forma parte de los coros de la Opera, —dijo el viajero.

Exasperado, el pobre Oscar dió un salto, levantó el respaldo y dijo á Pierrotin:

—¿Cuando partiremos?

—Al instante, —respondió el ordinario, que tenia su látigo en la mano y miraba en direccion á la calle d'Enghien.

En este momento, vino á animar la escena un jóven acompañado de un verdadero pilluelo, los cuales aparecieron seguidos de un mandadero arrastrando un cochecillo con la ayuda de una correa. El jóven fué á hablar confidencialmente á Pierrotin, quien meneó la cabeza y se puso á llamar á voces á su factor. El factor acudió para ayudar á descargar el pequeño carruaje que, además de dos maletas, contenia, ollas, brochas, cajas de formas extrañas, una

infinidad de paquetes y utensilios que el más joven de los dos nuevos viajeros, subido en el imperial, iba colocando en él, y hacia esta operación con tal celeridad, que el pobre Oscar, sonriendo á su madre entonces de centinela al lado opuesto de la calle, no apercibió uno solo de estos utensilios que hubieran podido revelar la profesion de aquellos nuevos compañeros de viaje. El pilluelo, de unos diez y seis años de edad, vestía una blusa gris sujeta con un cinturón de cuero barnizado. Su gorra, *arrogantemente* colocada de traves sobre su cabeza, anunciaba un carácter risueño, lo mismo que el pintoresco desorden de sus cabellos negros rizados, esparcidos sobre sus espaldas. Su corbata de tafetan negro dibujaba una línea negra sobre un cuello muy blanco, y hacia resaltar aún la vivacidad de sus ojos pardos. La animación de su moreno semblante, colorado, el arco de sus labios bastante fuertes, sus orejas despegadas, su nariz arremangada, todos los detalles de su fisonomía, anunciaban el ingenio burlón de Figaro, el descuido de la juventud; de la misma manera que la viveza de sus gestos, su mirada burlona, revelaban una inteligencia ya desarrollada por la práctica de una profesion abrazada desde edad temprana. Cual si ya poseyera algun valor moral, este niño, convertido en hombre por el arte ó la vocación, parecía indiferente á la cuestion del traje, porque miraba sus botas sin lustre cual si quisiera burlarse de ellas, y su pantalón de sencillo cotí buscando manchas en él, no tanto para hacerlas desaparecer como para apreciar su efecto.

—Estoy elegante! — exclamó sacudiéndose y dirigiéndose á su compañero.

La mirada de éste revelaba una autoridad sobre aquel adepto en quien unos ojos ejercitados hubieran reconocido á ese alegre aspirante á pintor, que en este estilo de taller suele llamarse un *gatito*.

— Formalidad, Mistigris! — respondió el maestro, dándole el apodo que sin duda el taller le había impuesto.

Este viajero era un joven delgado y pálido, de cabellos negros, en extremo abundantes, y en un desorden completamente caprichoso; pero esta abundante cabellera parecía necesaria á una cabeza enorme cuya vasta frente anunciaba una inteligencia precoz. El rostro atormentado, demasiado original para ser feo, estaba arrugado como si este joven singular sufriese, ya una enfermedad crónica, ya privaciones impuestas por la miseria, que es una terrible enfermedad crónica, ya pesares demasiado recientes para ser olvidados. Su traje, casi análogo al de Mistigris, guardando toda proporción, consistía en una mala levita usada, pero limpia, bien cepillada, de color verde americano, un chaleco negro, abotonado hasta el cuello, como la levita, y que con dificultad dejaba ver en torno de aquel un pañuelo de seda encarnado. Un pantalón negro, tan usado como la levita, flotaba en torno de sus flacas piernas. En fin, unas botas llenas de lodo indicaban que venía á pie y de lejos. Con una mirada rápida, este artista abarcó las profundidades del hotel del Leon de Plata, las cuadras, los juegos de la luz, los detalles, y miró á Mistigris que le había imitado con una mirada irónica.

—Bonito! — dijo Mistigris.

—Sí, es bonito, — repitió el desconocido.

—Todavía hemos llegado demasiado temprano,—dijo Mistigris. ¿No podríamos masticar *una* legumbre cualquiera? Mi estómago es como la naturaleza: tiene horror al vacío!

—¿Podemos ir á tomar una taza de café?—preguntó el jóven, con voz dulce, á Pierrotin.

—Bueno! tenemos un cuarto de hora,—respondió Mistigris, descubriendo así el genio observador innato en los gatuelos de Paris.

Estos dos viajeros desaparecieron. Entonces dieron las nueve en la cocina del hotel. Jorge encontró justo y razonable apostrofar á Pierrotin.

—Eh, amigo mio, cuando se goza de un vehículo como este,—dijo dando con su baston sobre la rueda, al menos se tiene el mérito de la exactitud. ¡Qué diablo! no se encajona uno ahí dentro por su gusto, se necesita tener asuntos diabólicamente urgentes para confiar á él sus huesos. Luego, este rocin, al que llamais Rougeot, no nos hará recobrar el tiempo perdido.

—Vamos á engancharos á Bichette, mientras esos dos viajeros toman su café,—respondió Pierrotin. Vé, pues, tú, dijo al factor, á ver si el padre Léger quiere venirse con nosotros....

—¿Y en donde está ese padre Léger?—exclamó Jorge.

—Enfrente, en el número 50, no ha encontrado asiento en el coche de Beaumont,—dijo Pierrotin á su factor, sin responder á Jorge, y desapareciendo en busca de Bichette.

Jorge, á quien su amigo estrechó la mano, subió al carruaje, arrojando antes en él, con aire importante, una gran cartera que colocó debajo del al-

mohadon. Tomó el rincon opuesto al que ocupaba Oscar.

—Ese padre Léger me inquieta,—dijo.

—No pueden quitarnos nuestros asientos, tengo el número uno,—respondió Oscar.

—Y yo el dos,—añadió Jorge.

Al mismo tiempo que Pierrotin aparecia con Bichette, apareció el factor remolcando á un hombre obeso que pesaba ciento veinte kilogramos lo ménos. El padre Léger pertenecia al género del arrendatario barrigudo, de espalda cuadrada, de cabello empolvado, y vestia una levita de lana azul. Sus polainas blancas, subiendo hasta por encima de la rodilla, pellizcaban en ella á unos calzones de terciopelo rayado, abrochados con hebillas de plata. Sus zapatos claveteados pesaban dos libras cada uno. Finalmenté, llevaba en la mano un pequeño baston, rojizo y seco, luciente, de puño grueso, atado con un cordon de cuero en torno de la muñeca.

—¿Os llamais el padre Léger?—dijo sériamente Jorge, cuando el arrendatario intentó colocar un pie sobre el estribo.

—Para serviros,—dijo el arrendatario, mostrando un semblante parecido al de Luis XVIII, de fuertes carrillos rubicundos, entre los cuales asomaba una nariz que en cualquiera otra cara hubiese parecido enorme. Sus ojos risueños estaban oprimidos por montones de grasa.

—Ea, un empujon, muchacho,—dijo á Pierrotin.

El arrendatario fué levantado por el factor y el ordinario, al grito de: — ¡Houp, ohé, iza, va! lanzado por Jorge.

—Oh! no voy muy lejos, no voy más que hasta la Cueva,—dijo el arrendatario, devolviendo chanza por chanza. En Francia todo el mundo admite y devuelve chanzas.

—Colocaos en el fondo,—dijo Pierrotin, vais á ser seis.

—¿Y vuestro caballo?—preguntó Jorge, es como un *tercer* caballo de posta?

—Hélo ahí, ciudadano,—dijo Pierrotin.

—A ese insecto le llama caballo,—exclamó, asombrado, Jorge.

—Oh! es buen caballo ese,—dijo el arrendatario, que se habia sentado. Buenos días, señores. ¿Vamos á largarnos, Pierrotin?

—Tengo dos viajeros que toman su taza de café,—respondió el cochero.

El jóven de rostro arrugado y su paje aparecieron entonces.

—Partamos!—exclamó un grito general.

—Vamos á partir,—respondió Pierrotin. Ea, larguémonos, dijo al factor, quien quitó las piedras con que estaban trabadas las ruedas.

El ordinario asió la brida de Rougeot, y dió ese grito gutural de ¡kit! kit! para significar á los dos animales que reunieran sus fuerzas, y aunque notablemente torpes, tiraron del carruaje que Pierrotin colocó ante la puerta del Leon de Plata. Despues de esta maniobra puramente preparatoria, miró en direccion á la calle d'Enghien, y desapareció dejando su carruaje encargado al factor.

—Y bien! se halla sujeto á esos arrebatos vuestro amo? preguntó Mistigris al factor.

—Ha ido á sacar el pienso de la cuadra,—respondió el auvernés, enterado de todas las sutilezas al uso para apurar la paciencia de los viajeros.

—Despues de todo,—dijo Mistigris, *el tiempo es un grande ayuno*, (el tiempo todo lo cura).

Entonces la moda de estropear los refranes reinaba en los talleres de pintura. Era un triunfo hallar un cambio de algunas letras ó de una palabra poco más ó ménos semejante, que daba al proverbio un sentido barroco ó chusco. (1)

—*Paris no se ha edificado en un horno*, (no se ganó Zamora en una hora)—respondió el maestro.

Pierrotin regresó acompañado del conde de Sérisy que habia venido por la calle de l'Echiquier, y con el cual habia tenido sin duda algunos minutos de conversacion.

—Padre Léger, quereis ceder vuestro sitio al señor conde? La carga de mi carruaje estará más equilibrada.

—Y ni dentro de una hora partiremos, si continuais así,—dijo Jorge. Va á ser necesario quitar esta barra infernal que con tanta dificultad hemos colocado, y todos tendrán que apearse por un viajero que acude el último. Cada uno tiene derecho al asiento que ha tomado; ¿cuál es el de ese caballero? Veamos, pasad lista. ¿Teneis una hoja? ¿Teneis un registro? ¿Cuál es el asiento del señor Conde, conde de qué?

—Señor conde...—dijo Pierrotin, visiblemente embarazado, ireis incómodo.

(1) Nos limitamos á traducir literalmente los refranes estropeados, seguidos, en lo posible, del refran equivalente en nuestro idioma, y el lector suplirá con su criterio, la gracia que de ningun modo puede resultar en castellano. (N. del T.)

—¿Conque no conoceis á vuestro conde? preguntó Mistigris. *De los buenos condes salen los buenos tameses*, (cuenta y razon sustenta amistad).

—Formalidad, Mistigris!— exclamó gravemente su maestro.

Evidentemente todos los viajeros tomaron á M. de Sérisy por un plebeyo que se apellidaba Conde.

—No molesteis á nadie,—dijo el conde á Pierrotin, me colocaré á vuestro lado en la delantera.

—Ea, Mistigris,—dijo el jóven al gatuelo, acuérdate del respeto que debes á la ancianidad! Tú no sabes cuán horriblemente viejo puedes ser un dia, *los viajes desfiguran á la juventud*; así, cede tu sitio á ese caballero.

Mistigris abrió la delantera del cabrióle y saltó en tierra con la rapidez de una rana que se lanza al agua.

—Vos no podeis ser un conejo, augusto anciano,—dijo á M. de Sérisy.

—Mistigris, *las artes son el amigo del hombre*, le respondió su maestro.

—Muchas gracias, caballero,—dijo el conde al maestro de Mistigris, que así llegó á ser su vecino.

Y el hombre de Estado lanzó al fondo del carruaje una mirada sagaz que ofendió mucho á Oscar y á Jorge.

—Llevamos un retraso de cinco cuartos de hora,—dijo Oscar.

—Cuando se quiere ser dueño de un carruaje se toman todos los asientos,—observó Jorge.

En adelante, seguro de su incógnito, el conde de

Sérisy nada contestó á estas observaciones, y tomó el aspecto de un plebeyo bonachon.

—¿Si os hubiérais retrasado vosotros, no os gustaría que os hubiesen aguardado?—dijo el arrendatario á los dos jóvenes.

Pierrotin miraba hácia la puerta Saint-Denis, teniendo su látigo en la mano, y vacilaba en subir á la dura banqueta donde se agitaba Mistigris.

—Si esperais á alguno,—dijo entónces el conde, yo no soy el último.

—Apruebo esa reflexion,—dijo Mistigris.

Jorge y Oscar se echaron á reir con bastante insolencia.

—El viejo no es listo,—dijo Jorge á Oscar, á quien encantó esta aparente relacion con Jorge.

Cuando Pierrotin se hubo acomodado en su sitio, á la derecha, se inclinó para mirar hácia atrás, sin poder descubrir en la multitud los dos viajeros que le faltaban para un lleno completo.

—Pardiez! dos viajeros más no me perjudicarian.

—Todavía no he pagado, me apeo,—dijo Jorge, asustado.

—¿Y á qué aguardas, Pierrotin?—dijo el padre Léger.

Pierrotin exhaló un cierto ¡hil! en el cual Bichette y Rougeot reconocian una resolucion definitiva, y ambos caballos se lanzaron hácia la subida del arrabal, con un paso acelerado que debia bien pronto sosegar-se. El conde tenia un semblante enteramente encarnado, pero de un encarnado ardiente, sobre el cual se destacaban algunas manchas inflamadas y que su cabellera, enteramente blanca, ponía de relieve. A cua-

lesquiera otros que á unos jóvenes, este color hubiera revelado la inflamación constante de la sangre, producida por inmensos trabajos. Estas manchas eclipsaban de tal modo el noble continente del conde, que se necesitaba un atento exámen para descubrir en sus ojos verdes la astucia del magistrado, la profundidad del político y la ciencia del legislador. El rostro era aplastado, la nariz parecía deprimida. El sombrero ocultaba la gracia y la belleza de la frente. Había, en fin, con que dar que reír á aquella juventud aturdida, en el extraño contraste de una cabellera blanca como la plata con unas cejas anchas, pobladas, que habían permanecido negras. El conde, que vestía una larga levita azul, abotonada militarmente hasta debajo de la barba, llevaba una corbata blanca arrollada al cuello, algodón en las orejas, y un cuello de camisa bastante ancho que trazaba un cuadro blanco en cada mejilla. Su pantalón negro cubría sus botas, de las que apenas asomaba la punta. No llevaba condecoración en el ojal; ocultaba, en fin, sus manos bajo unos guantes de piel de gamo. Ciertamente que para unos jóvenes, nada revelaba en este hombre al Par de Francia, á uno de los hombres más útiles á su país. El padre Léger jamás había visto al conde, quien por su parte no conocía á aquel más que de nombre. Si el conde, al subir al carruaje, lanzó sobre él la mirada perspicaz que acababa de chocar á Oscar y á Jorge, fué porque buscaba al escribiente de su notario para recomendarle el más profundo silencio, en el caso en que, como él, se hubiese visto obligado á tomar el carruaje de Pierrotin; pero tranquilizado por la apariencia de Oscar, por la del padre Léger, y sobre to-

do por el aire casi militar, por los bigotes y las maneras de caballero de industria que distinguían á Jorge, pensó que éste había llegado á tiempo de tomar su billete en casa del maestro Alejandro Crottat.

—Padre Léger,—dijo Pierrotin, al llegar á la dura subida del arrabal Saint-Denis á la calle de la Fidélité, nos apeamos, eh?

—Yo me apeo también,—dijo el conde al oír este nombre; es necesario aliviar á vuestros caballos.

—Ah! si continuamos así, andaremos catorce leguas en quince días,—exclamó Jorge.

—¿Tengo yo la culpa?—dijo Pierrotin; un viajero quiere apearse.

—Diez lises para tí si me guardas fielmente el secreto que te he pedido,—dijo el conde en voz baja, asiendo del brazo á Pierrotin.

—Oh! mis queridos mil francos!—se dijo á sí mismo Pierrotin, después de haber hecho un guiño á M. de Sérisy; como diciendo:—Contad conmigo!

Oscar y Jorge permanecieron en el carruaje.

—Oid, Pierrotin, pues os llamais así,—exclamó Jorge, cuando después de la subida, los viajeros hubieron ocupado de nuevo sus asientos; si no vais á andar más de prisa que hasta aquí, decidlo: pago mi asiento y tomo un jaco en Saint-Denis, porque llevo entre manos asuntos de importancia á los que un retraso podría comprometer.

—Oh! andará,—respondió el padre Léger. Y además, la vía no es ancha.

—Nunca me retraso más de media hora,—replicó Pierrotin.

—En fin, no conducís al papa en carricoche, no es verdad?—dijo Jorge; andad, pues.

—No debéis preferencias á nadie, y si teméis traquetear demasiado á ese caballero,—dijo Mistigris, señalando al conde, eso no es justo.

—Todos los viajeros son iguales ante el *coucou*, como los franceses ante la constitucion,—dijo Jorge.

—Tranquilizaos,—dijo el padre Léger, llegaremos á la Chapelle antes de mediodía.

La Chapelle es el lugar contiguo á Saint-Denis. Todos los que han viajado saben que las personas reunidas por casualidad en un carruaje no entran inmediatamente en relaciones; y salvo raras circunstancias, no conversan sino despues de haber avanzado un poco de camino. Esta pausa es necesaria, tanto para un exámen mútuo, como para tomar posesion del sitio que uno ocupa; las almas necesitan tanto reposo como el cuerpo. Cuando cada uno cree haber penetrado la verdadera edad, la profesion, el carácter de sus compañeros, entonces el más hablador da principio á la conversacion, y ésta se empeña con tanto más calor, cuanto que todos han sentido la necesidad de embellecer el viaje y distraer las incomodidades. Así ocurre en los carruajes franceses. En las demás naciones son bien diferentes las costumbres. Los ingleses fundan su orgullo en no despegar los labios, el aleman va triste en carruaje, y los italianos son demasiado prudentes para conversar; los españoles apenas tienen diligencias, y los rusos no tienen caminos. No se divierte uno, pues, sino en las pesadas diligencias de Francia, en este pais tan parlanchin, tan indiscreto, en donde todo el mundo se apre-

sura á reir y hacer gala de su ingenio, en donde la burla lo anima todo, desde las miserias del populacho hasta los graves intereses del rico propietario. Además, la policia no refrena allí mucho la lengua, y la tribuna ha puesto en moda la discusion. Cuando un jóven de veintidos años, como el que se ocultaba bajo el nombre de Jorge, posee algun ingenio, se siente excesivamente impulsado, como en la situacion presente, á abusar de él. Desde un principio Jorge se nombró á sí mismo el sér superior de la reunion. Vió un manufacturero de segundo órden en la persona del conde, á quien tomó por un cuchillero, un alfeñique en el misero muchacho acompañado de Mistigris, un pequeño imbécil en Oscar, y en el obeso arrendatario un excelente natural para ser mistificado. Despues de haber tomado sus medidas, resolvió divertirse á costa de sus compañeros de viaje.—Vamos á ver,—se dijo, en tanto que el *coucou* de Pierrotin descendia de la Chapelle para lanzarse á la llanura de Saint-Denis, me fingiré un Estéban ó un Beranger? No, esos imbéciles son muy capaces de no conocer ni á uno ni á otro. ¿Un carbonario? ¡Diablo! podría hacer que me prendieran. ¿Si me fingiese un hijo del mariscal Ney? Bah! qué les referiria entonces? La ejecución de mi padre. Esto seria poco divertido. ¿Si viniese del Champ-d'Asile?... Podrian tomarme por un espia, y desconfiarían de mí. Seamos un príncipe ruso disfrazado, voy á hacerles tragar famosos detalles acerca del emperador Alejandro. ¿Si pretendiese ser Cousin, el profesor de filosofia?... Oh! cómo podría envolverles! No, el alfeñique desgreñado me parece haber arrastrado sus polainas por